SECRETILLOS DE

1
233764



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

10 cents.

1

233764

47/1505168

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Secretillos de alcoba

I

Aquella noche don Toribio salió de su casa tan fastidiado, que su aburrimiento casi tenía la cara trágica de la desesperación.

¿Que por qué se aburría don Toribio?

—¡Vaya usted a saberlo!... Por lo mismo que se fastidian todos los casados; porque en su hogar los muebles siempre están colocados del mismo modo, porque en la cocina se aderezan invariablemente los mismos guisos, porque en la cama no hay poesía, porque la esposa tiene las magras y el anverso y el reverso y las piernas, siempre iguales.

Por eso, ¡nada más que por eso! se aburría don Toribio...

Y tú, lector, que te aburres con tu costilla como yo ¡pecador de mí! me fastidio con la mía, comprenderás y disculparás los motivos de su mal humor.

Tan archimohino iba, que en vez de marcharse al teatro o al café donde sus amigos concurrían asiduamente, o a cual-

R 3224186

quiera de esos agradables cafés conciertos donde, cualquier caballero de cierto viso, puede pasar al escenario a pellizcar a las cupletistas, el excelente don Toribio fuese a casa de cierta conocida suya, llamada Agustina, que a la sazón regentaba un mercado femenino casi aristocrático; y digo *casi*, porque el ratito costaba diez pesetas y cinco duros la velada.

Para ir solo a una casa de esas (lo aseguro yo, que en mis mocedades fuí bastante sinvergüenza), es preciso estar muy desesperado... o muy cachondo... o muy borracho... pues de lo contrario no hay hombre de mediano buen gusto que soporte la desabrida exhibición de esas bellezas marchitas, soñolientas, soeces y tristes, que hay en las mercaderías esas.

Pero ya sabemos que don Toribio estaba aburrido... Y con el único propósito de distraer su tedio, corrió en busca de Agustina.

«Hay que hacer algo—reflexionaba el pobre hombre mientras caminaba—algo que no se parezca a lo que hace uno todos los días»...

Con este artístico propósito y estas resoluciones de rebeldía, llegó a la casa dicha y subió la angosta, empinada y retorcida escalera, que generalmente da acceso a

esos miserables refugios que tiene el placer en occidente.

—¿Por quién pregunta?—exclamó desde detrás de una cancela una vieja celestina.

—Por Agustina; abre.

La lumia obedeció y don Toribio, que ya se sabía la casa de memoria, penetró en un saloncillo cuadrangular tapizado de rojo y amueblado sobriamente y con buen gusto. Don Toribio tomó asiento, cruzó una pierna sobre otra con bastante trabajo, por cierto, pues era chiquitín y barrigudo, y encendió un cigarrillo.

Poco después apareció Agustina: una mujer como de cincuenta años, gruesa y simpática, a pesar de las huellas profundas de palidez y de cansancio que el vicio había dejado en su rostro; y cuyos ojos negros, desvergonzados y penetrantes, parecían contar las monedas de plata o los billetes del Banco, que la persona en quien se fijaran llevase en el bolsillo.

—¡Adiós, Toribio!

—¡Adiós, Agustina serrana!

—¿Cómo te va, hombre, después de tanto tiempo?

—Regular; ¿y a tí?

—Rabiando un poco todos los días.

Se besaron sin gusto, pero se besaron, cumpliendo esa necesidad que las mujeres

y los hombres, familiarizados con el vicio, tienen de poner los labios donde no deben.

—¿Y qué te trae por aquí?—preguntó Agustina.

—Primeramente, el deseo de darte un abrazo y de convidarte a café.

Ella, aunque no agradeció la invitación, se apresuró a aceptarla y apoyó un timbre.

—Gracias hombre—dijo—eres muy galante; ¿tú con qué quieres el café?

—Yo no tomo.

—Yo lo prefiero con una copita de coñac.

Bebe lo que gustes.

Una criada apareció en la puerta. Agustina ordenó:

—Que traigan un café y una copita de coñac.

—Está bien.

La sirviente se fué. Agustina exclamó, sin saber cómo reanudar el diálogo ni demostrar a don Toribio lo mucho que se alegraba de verle:

—¡Bueno, chico, bueno!... ¡Vaya, tanto tiempo sin echarte la vista encima!

—¡Pues si supieras el asunto que me trae!

—¿Qué es ello?

—Si apenas me atrevo a decírtelo...

—¡Gracioso sería!...

—Te lo aseguro.

—No seas niño... habla... ¿qué quieres?... Yo ya sé que las mejores mujeres que has besado ha sido en mi casa, y que siempre las pagaste generosamente...

—Es verdad. Pues, ahora... ¡francamente!... Apesar de mis años... ¡no te rías!... Venía a recordar los buenos tiempos...

—¡Cómo! ¿Quieres echar un parrafito?

—Sí, hija.

—Si no lo oyose, no lo creeria.

—¿Te extraña?

—Naturalmente... Un hombre casado.... serio.... retirado por completo de las juergas....

—¡Qué quieres! Uno es así... Genio y figura...

—Ya lo sé. Probablemente esta noche te aburrias en tu casa más que otras veces.

—Así es.

—¡Bendito sea el fastidio! — exclamó Agustina sentenciosamente.

—¿Por qué?

—Porque estas casas tienen más que agradecerle al fastidio que al amor: no puedes imaginarte el número de maridos que todas las noches me trae el aburrimiento.

—Está bien observado eso—replicó don

Toribio riendo—apostaría una mano, aquella con que cojo el cigarro para fumar, a que la mitad de los profesores que vienen explicando psicología, saben bastante menos filosofía práctica que tú.

—¿Y qué clase de mujer quieres?

—Me es igual.

—Antes preferías las rubias y delgadas.

—Y ahora también. Pero eso es lo de menos. Lo principal es disponer de una golfa con quien pasar las horas que aún me faltan para volver a mi casa y meterme en la cama.

—Comprendido. De todos modos, mandaré venir las mujeres que tengo y estoy segura de que dos, por lo menos, han de gustarte mucho.

Agustina se levantó, asomóse a la puerta y empezó a llamar:

—¡Mercedes... Consuelo... Esperanza.... Milagro... Amparo... Felicidad!...

Un momento después el saloncillo se llenó de cabelleras rubias y negras, de bocas que reían impúdicas, de ojos cargados de indiferencia y de sueño, de cuerpos gráciles y flexibles, medio desnudos, que al andar se balanceaban con la ondulación del deleite. Y todas, al pasar, dedicaban a don Toribio una mirada de ofrecimiento, un titubeo de nalgas lascivo, un guiño que

parecía un beso

Aunque curtido en tales lances, don Toribio sintió que el olor de aquellos cuerpos viciosos, medio desnudos, le habían endurecido el corazón.

—¿Cómo te llamas tú?—preguntó el alegre señor a una rubia cuyapar te trasera insinuaba bajo la falda una pompa magnífica.

—Felicidad... para darte gusto, rico.

—¿Y tú?—prosiguió don Toribio a otra joven rubia también.

—Esperanza.

—Pues me quedo con vosotras dos. Creo que, sentándome con *felicidad* y con *esperanza*, no puedo pasar una mala velada.

—Ya sabía yo—exclamó Agustina ufana en su experiencia—que, contigo, las rubias ganan siempre la partida.

D. Toribio pagó el servicio por adelantado y, seguidamente él y las dos muchachas se metieron en una habitación cuyo techo estaba cubierto de espejos.

Una vez allí, los tres se pusieron cómodos. Al moverse, los cuerpos de las dos mancebas resbalaban por la limpia superficie de los espejos multiplicándose, y aquello era como un revoloteo de círculos, de contornos, de piernas, de brazos educados en todas las astucias del abrazo.

Fuera de sí D. Toribio, cogió a Felicidad, que era la más hermosa, la sentó sobre la otomana y comenzó a besarla. La joven, que conocía todas las dulces tretas de Cupido, le cruzó los brazos encima de los hombros, y dióse a prodigarle caricias de un lado a otro con tal prisa y maestría, que D. Toribio no tardó en sentir como sus ojos se entornaban voluptuosos.

La complaciente muchacha, entre tanto no cesaba de hablar:

—Anda, rico... anda, moreno... cachondón... acaríciame con gracia... alza... que estoy sensible... dame tu sangre, tu sangrecita gitana... ¡Ay, vida mía, que rico eres!... Anda, saláo, no me hagas sufrir más... No seas malo, vida... que estoy pasando por tí muchas fatigas...

Mientras Felicidad «hacía lo suyo», Esperanza, arrodillada detrás de don Toribio, ejecutaba sobre la espalda y los sobacos del dichoso parroquiano, caricias inúmeras y pausadas, capaces de matar de placer a un eunuco.

Tan repetidos fueron los mimos de las jóvenes, que el galán, enloquecido por aquellos juegos, lanzó un grito doliente como un quejido.

—Estáos quietas—balbuceó.

—¿Por qué?

—Porque me muero... me muero de gusto...

—¡Bah, tontín, eso no es malo!...

Las dos lumias redoblaron sus juguetones esfuerzos. Felicidad movía el cuerpo; Esperanza movía las manos... y don Toribio, sacudido violentamente por tantas caricias, se retorcía y temblaba como hoja seca a impulsos del viento.

II

Dos días después don Toribio celebraba su fiesta onomástica, y tanto por los amigos que fueron a visitarle y a quienes tuvo que atender, cuanto por el natural deseo de echar en tan señalado día, según añeja costumbre, una cana al aire con su señora, lo cierto fué que aquella noche, la fatalidad, la maldita fatalidad, que tantas malas cosas zurce y prepara, no consintió que don Toribio saliese a la calle.

El *menú* servido en la comida, satisfizo completamente la gula de los más tragones. Entre los invitados estuvieron el médico Enrique Cabritillo, íntimo amigo del dueño de la casa, el actor cómico Canuto Delgado, un poeta «modernista» de esos

que, aunque no se corten el pelo ni se limpien nunca las uñas, gustan de recibir cosquillas a la luz de la luna, en tanto «las princesitas exangües gemebundean bajo los arcos ojivales»; un tenor afeminado; un abogado que, merced a la protección de su madre que era muy cachonda y muy guapa, iba haciendo una rápida y brillante carrera política, y otros varios individuos de diversas profesiones edades y categorías.

Cármen, la esposa de don Toribio, estaba arrogante y provocativa en extremo con su bata blanca adornada de lazos rojos. Era una gallardísima mujer de treinta años, ancha de hombros y de caderas, muy redonda de pechos y de nalgas, con una cintura como una sortija, y el ingenio muy ágil y despierto, Seducidos por los donaires de la conversación y la venustidad de su persona, los invitados no la quitaban ojo, y don Toribio, que leía claramente la intención de aquellas miradas fogosas, pensaba:

—«Realmente, mi mujercita es una real moza».

Y esta idea y la seguridad de que aquel hechizo de carne era propiedad suya y que, pasadas pocas horas, lo tendría a su lado, en el dormitorio, bastó a inflamarle el corazón.

A media noche se disolvió la reunión, se apagaron todas las luces, las criadas se fueron a acostarse, y Carmen y don Toribio se vieron ¡al fin solos!... como los dos recién casados de un cuadro famoso.

—¡Qué hermosa estás, muñeca!—exclamó don Toribio abrazando a su mujer apasionadamente.

La esposa comenzó a hacer dengues.

—No te quiero—decía—no te quiero, me tienes muy disgustada...

—¿Por qué, corderilla?

—Porque eres malo.

—¡Malo, yo!

—Sí; muchas noches te aburres a mi lado, lo conozco... ¿Y quién puede tener confianza en la virtud del marido que sale a la calle porque su casa le fastidia?

—¡Qué bobita eres!...

—Si... cuando te propones ser cariñoso sabes serlo como nadie... Pero nadie me asegura que le eres fiel a tu Carmencilla... Todas tus tretas me son familiares; tú no quieres «de verdad» mas que ciertas noches, cuando me ves en camisa y con el catre cerca.

El cazurrón de don Toribio se echó a reir, y mientras Carmen se desnudaba, levantándose o sentándose, según lo exigía aquella prenda de su traje que iba a qui-

tarse, él le mordía la nuca o la palpaba las ancas y las piernas o la besaba los pies.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Si empiezas con tantos preámbulos para luego mentir, no sigas.

—No; seré sincero; oye. Yo, después que nos casamos, no he estado con ninguna mujer, pero me acuerdo de las que conocí cuando soltero, y juro que ninguna de ellas, ni aun las que ví aclamadas en el teatro, me gustaron tanto como tú.

—¡Embaucador! Hay muchas, muchísimas mujeres, más hermosas que yo. Paquita, tu prima, por ejemplo, tiene más pecho...

—Pero no es tan bonito, ni tan duro, ni tan blanco...

—¿Cómo lo sabes?—repuso la joven vivamente.

—Vamos, no lo sé de fijo... lo supongo, —se apresuró a decir don Toribio recogiendo velas.—En cambio, a cero no hay quien te gane. No he visto otro tan grande, tan redondo, tan suave al tacto, tan rico...

Y añadió sonriendo:

—Ni tan bien educado.

—Toribio...

—¿Qué?



—No digas esas cosas, que me dan vergüenza...

—¡Inocente mía!

—Tú me has dicho que recibir ciertas caricias no era malo.

—Al contrario.

—Me juraste que no era pecado.

—Y no lo es; de sus encantos cada cual dispone a su capricho.

—Y yo, fiada en tu palabra, me dejé convencer y aprendi.

—¡Con cuánto aprovechamiento, vidita de mi alma!

—Por lo tanto, si es pecado lo que hacemos, la responsabilidad es tuya; pues yo nada sabía.

—Acepto esa responsabilidad; y, si más adelante, cuando lleguemos a las puertas del cielo, San Pedro te pregunta: «señora, ¿qué hizo usted de su cuerpecito?...» Le dices que me lo pregunte a mi, que yo sabré contestarle.

Se habian acostado, y bajo las sábanas perfumadas con heliotropo, los cuerpos alegres y retozones de Carmen y de su esposo, se estrechaban amorosamente uno contra otro.

¿Y sabes por qué no te engaño?—continuó diciendo don Toribio que hallaba una exquisita voluptuosidad en excitar a Carmen.

—¿Porque eres bueno?

—Y, por otra razón.

—No caigo en cuál puede ser.

—Vas a comprenderla enseguida.

—¿Tú habrás oído decir que el hombre es un animal, sino polígamo, bígamo por lo menos? Vamos, «que le gustan todas...»

—Sí.

—Pues bien; yo aun sin engañarte, vivo en bigamia perpetua.

—¿Cómo? no te comprendo

—Perfectamente; porque tú eres una mujer que vale por dos.

—¡Ah, sí!

—¿Entiendes ahora?

—Calla, sinvergonzón...

Después de un rato de charla amorosa. Toribio sintió que su corazón latía con violencia.

—Carmen...

—¿Qué?

—Mira... mira, chiquilla, y alégrate.

—Ya veo que tienes las orejas coloradas como un pimiento.

—¿Quieres?... Yo desearía morderte el pescuezo.

—Ahora mismo! ¡toma, vidita!... Pero, tontín, si a mí me gusta más el mordisco que el beso.

—¡Qué buena eres!

La joven se acostó convenientemente, retiró las almohadas con objeto de que su linda cabeza quedase a la misma altura de los lomos, quebró el talle y puso en ofrenda el redondo cogote, dejando las piernas inertes, de modo que don Toribio pudiese maniobrar según su gusto. El empezó besándola la nuca y las orejas, luego sus labios fueron resbalando por los hombros, yendo y viniendo espaciosamente de un lado a otro, y al cabo llegaron a la preciosa nuca, donde se detuvieron, mientras los dedos rozaban suavemente las axilas de la joven. Finalmente separó con ambas manos los suaves ricitos de Carmen, se los besó y acabó instalando sus labios sobre la blanca, redonda y perfumada nuca; allí besuqueó largo rato, como si su agradecimiento quisiera pagar de algún modo los muchísimos deleites que de aquel precioso cuerpo había recibido. Después, no pudiendo contener su pasión más tiempo, abrió su boca resecada por la fiebre y empezó a morder locamente a Carmen.

—¡No te muevas!—decía don Toribio poseído de un repentino instinto sádico—¡no te muevas!... ¡Quiero fingirme la ilusión de que estás muerta!...

Cuando se desprendió, permaneció quie-

to y jadeante, medio traspuesto de placer, sintiendo que el brazo de la joven ponía a su cuello un anillo dulcísimo que le oprimía y estrujaba, como queriendo extraerle de los labios hasta el último beso. Carmen, que también había mordido la sábana, no se movió, saboreando el placer de sentir correr por su cogote la cosquilla enervante de la dentellada del hombre.

Transcurridos algunos minutos, don Toribio murmuró:

—Niña... yo quiero darte otro besito.

—Anda, pues.

—Gracias, rica... Mira; yo me estaré quietecito para que tu puedas, a tu antojo, hacer esto, aquello y lo de más allá.

Ella lo hizo todo expertamente, y según su esposo se lo mandaba; pero, en el momento más culminante, don Toribio sintió un dolor agudísimo, algo desgarrador y punzante, cual si acabasen de clavarle una aguja.

—¡Ay, ay, ay!...—gritó.

Ella exclamó asustada;

—Qué tienes? ¿Qué es eso?...

—Nada, una punzada terrible... La misma sensación que produce la quemadura de una cerilla...

Echóse en la cama muy preocupado, obsesionado por una idea espantable.

—«¡Dios mío!—pensaba—¿habré yo cogido alguna enfermedad?...»

Don Toribio no se engañó. A la mañana siguiente, en el momento de vestirse, el pobre señor vió confirmadas sus sospechas.

—¡Me he lucido!—exclamaba don Toribio—¡malditas sean las amigas y las celestinas y la endiablada alma que las aguanta a todas...

Y no pararon aquí sus desdichas, sino que aún ocurrió algo peor, y fué que a la semana siguiente, la pobre Carmen, a quien don Toribio había trasmitido el virus de muerte que recogió en mala hora, empezó a quejarse de fuertes dolores.

—¿Te duele mucho, vida mía?—preguntaba el infame esposo acongojado.

—Mucho, sí.

—¡Ayúdenos Dins!

La desesperación de don Toribio era tan enorme, tan aplastante, que poco le faltó para suicidarse.

—«Yo—pensaba el infeliz—puedo ver al médico y decirle que me he ido de juerga y que me han engañado; puedo decirle también (y no es poco), que he enfermado a mi mujer; ¿pero, cómo declaro que acostumbro a morderla el pescuezo?...»

III

Más como la necesidad tiene cara de perro, D. Toribio no tuvo otro remedio que ir a casa de su íntimo amigo y antiguo camarada de aventuras juveniles D. Enrique Cabritillo, especialista en enfermedades secretas.

Cuando llegó a la consulta del célebre profesor, vió con satisfacción que había pocos enfermos esperando. D. Toribio se sentó en un rincón, y dedicóse a observar aquellos tipos a quien la afición a las dichas públicas había conducido allí. A un viejo, que tenia trazas de militar retirado, le faltaba la mitad de la nariz; otro señor cojeaba; un joven, que parecía estudiante, mostraba todo el semblante roído por una especie de musgo verdinegro de aspecto canceroso.

«Y pensar—se decía D. Toribio—que, por un ratito de placer estúpido, de placer pagado, pueden cortarme todo el pelo.....»

Cuando D. Toribio penetró en el despacho de su amigo Cabritillo iba tan rendido, tan acobardado, que apenas podía hablar.

—¿Hola, hombre, eres tú?—exclamó el médico jovialmente;—¡caramba que mala

cara traes!

—¡Ay, Enrique de mi alma!

—¿Qué tienes?

—Vengo muerto.

—¿Pero qué sucede?.... ¿Está Carmen enferma?

—No... es decir, sí..., pero vaya, ese es capítulo aparte; ya hablaremos de ella después. Ahora se trata de mí.

—Explícate—repuso Enrique Cabritillo, ya un poco más sereno.

—Contigo se puede hablar de todo, ¿verdad?

—Sí, chico, ¿no lo sabes?

—Te creo un muchacho alegre...

—Muy alegre.

—Que adora las tías...

—Te diré; a las tías precisamente, no; prefiero las mujeres casadas; las tías, querido mío, suelen pegar enfermedades...

—¡Sí, sí; esto es... como la que me han pegado a mí?..,

Cabritillo palideció, y fué tan intensa su lividez, que D. Toribio la notó.

—¡Pero eso es horrible! — exclamó el médico.

—¿Que si es horrible? Todavía no lo sabes. ¡Mira! ¿Qué te parece?

—Formidable.

—¿No es cierto que me hallas muy enfermo?

—Ahora veremos.

Cogióle y apretó ligeramente.

—¡Calzones, estate quieto!

—¿Te duele?

—Mucho.

—¿Y aquí?

—¡Ay, ay!—gritó D. Toribio que estuvo expuesto a desvanecerse— ahí me duele más.

—Pues, niño... ¡estás divertido!

—¿Me encuentras muy malo?

—Sí, muy malo.

A D. Toribio se le saltaban las lágrimas.

—Bueno—agregó Cabritillo—voy a prescribirte algunos medicamentos, y mañana, a esta misma hora, vienes a verme. Haremos todo lo posible porque no sientas en el cuerpo la caricia del bisturí.

Acercóse a una mesa, escribió rápidamente algunos renglones sobre una hoja de papel, y volvió al sillón donde D. Toribio continuaba cabizbajo y hundido.

—Aquí tienes—dijo—y, ahora, perdona que te despache, pero hay gente esperándome. Adiós. Ponme a los pies de Carmen... y que se alivie.

D. Toribio clavó en su amigo una mirada tristísima.

—Es que yo quería decirte..·

—¿Qué... hay algo más?...

—Hay... hay... Dí... ¿crees que esta receta servirá para Carmen también?

La cara de Cabritillo adquirió la palidez que cubre el semblante de los difuntos.

—¡Caracoles!—exclamó—¿qué dices?

—Algo muy horrible.

—Cuenta...

—Yo fuí a una casa de amigas.

—A casa de Agustina...

—Sí.

—Prosigue...

—Allí me metí en juerga con dos mocitas, a quienes di café y copa y nos divertimos algo, y de donde salí en el estado en que me ves.

—¿Y luego besaste a tu mujer?

—Sí... ¿qué quieres? ¡Yo no sabía que estaba enfermo!

—¡Maldita sea tu estampa! — exclamó rencorosamente el médico que había comenzado a restregarse los labios con su pañuelo.

—Pero... eso no es todo—agregó don Toribio temblando.

—¿Pues qué más puede haber?

—Que yo soy muy apasionado.

—Lo sé.

—Que mi mujer es muy hermosa.

—¡Ay!... También lo sé.

—Y, que como yo... la he acostumbrado al beso del moro...

—¿Eh?... ¿Cómo?... ¡Miserable!... ¿Qué dices?

—Que el día de mi santo por la noche, excitadillos como estábamos con el vino, después de besarla hice la mar de diabluras con ella.

—¡Canalla!

—Lo sé, pero...

—¡Vaya usted a la m...!

—¿Qué quieres, Enrique?... Yo... yo... el hombre...

Pero el médico estaba hecho un basilisco y no le oía.

—¡Me has enfermado, ladrón!—gritaba—y esa sí que no te la perdono...

—¿Cómo?

—¡Lo dicho! ¡No me arrepiento de haberlo confesado.

—¿Que estás enfermo por culpa mía?

—¡Sí y mil veces sí!.. Y me has envenenado la sangre.

—¿Es posible?

—Sí... porque soy el querido de Carmen.

Sacudido por un violento arrebato de celos, don Toribio quiso precipitarse sobre el médico, pero las fuerzas le faltaron y cayó al suelo sin conocimiento, murmu-

rando:

—¡Yo cornudo, yo cornudo!...

Enrique Cabritillo, sin preocuparse del estado de su antiguo amigo, apoyó un timbre. Un criado se presentó.

—¿Qué manda el señor?

—A ese hombre echadle a la calle y metedle en un coche.

—Está bien. ¿Paga el señor el coche?

—No. Que lo pague él o que le den morcilla; me tiene sin cuidado.

El criado salió del despacho llevando a rastras el cuerpo inanimado de don Toribio, mientras Enrique Cabritillo se dejaba caer en una butaca, exclamando:

—¡Remoño!... ¡Para que se fíe uno de las mujercitas casadas!

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

Lea V. la hermosa

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del Amor.—La mujer alegre.—La Sibrosa.—Secretillos de alcoba.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO: 10 CTS.

Lea V. la sugestiva

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondonamente bien escrito.

Riquísima presentación.

CADA TOMITO: 20 CTS.